

V.

Contempla lo que viene cruzando el firmamento
Con luces que recuerdos iluminando van,
Y dinos si conservan memoria de tu aliento
Los inmortales campos de Salta y Tucumán.

Si el sello de tu planta se mirará en los Andes
Ó acaso en Chacabuco ó en Maipo ó en Junín;
Ó si marcando hazañas más célebres y grandes
Habremos de encontrarlo por Ayacucho, en fin,

Enséñanos siquiera la herida que te abruma,
Pero que hermosa y noble sobre tu pecho está,
Y dinos que lidiando la hubistes en Ayuma
Ó acaso en Vilcapujio, Torata ó Moqueguá.

VI.

¡Ah Rosas! Nada hiciste por el eterno y santo
Sublime juramento que Mayo pronunció;
Por eso vilipendias y lo abominas tanto,
Y hasta en sus tiernos hijos tu maldición cayó.

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente
Bordando de victorias el mundo de Colón,
Salvaje, tú dormías tranquilo solamente
Sin entreabir tus ojos al trueno del cañón.

Y cuando tus hermanos al pie del Chimborazo
Sus altaneras sienes vestían de laurel,
Al viento la melena, jugando con tu lazo,
Por la desierta Pampa llevabas tu corcel.

VII.

¡Ah! Nada te debemos los argentinos, nada;
Sino miseria, sangre, desolación sin fin;

Jamás en las batallas se divisó tu espada;
Pero mostraste pronto la daga de Caín.

Cuando á tu patria viste debilitado el brazo,
Dejaste satisfecho la sombra del ombú,
Y al viento la melena, jugando con tu lazo
Las hordas sublevaste, salvajes como tú.

Y tu primer proeza, tu primitivo fallo,
Fué abrir con tu cuchillo su virgen corazón,
Y atar ante tus hordas al pie de tu caballo
Sus códigos, sus palmas y el rico pabellón.

VIII.

Tan sólo sangre y cráneos tus ojos anhelaron,
Y sangre, sangre á ríos se derramó doquier;
Y de apilados cráneos los campos se poblaron
Donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

¿Qué sed hay en tu alma? ¿Qué hielos en tus fibras?
¿Qué espíritu ó demonio su inspiración te da,
Cuando á tu rudo labio tu pensamiento vibras,
Y en pos de la palabra la puñalada va?

¿Qué fiera en sus entrañas alimentó tu vida
Nutriéndote las venas su ponzoñosa hiel?
¿Qué atmósfera aspiraste? ¿Qué fuente maldecida
Para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

IX.

¿Qué ser velado tienes que te resguarda el paso
Para poder buscarlo con el puñal en pos?
¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra acaso,
Para pedir sobre ella la maldición de Dios?

¿En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho,
Para llamar visiones que su pavor te den?
¿En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho,
Para llamar los muertos á sacudir tu sien?

Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento
Cuando revienta el trueno bramando el aquilón;
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
Para arrojarle eterna tremenda *maldición*.....

X.

Cuando á los pueblos postra la bárbara inclemencia
De un déspota que abriga sangriento frenesí,
El corazón rechaza la bíblica indulgencia:
De tigres nada dijo la voz del Sinaí.

El Bueno de los buenos desde su trono santo
La renegada frente maldijo de Luzbel;
La humanidad, entonces, cuando la vejan tanto,
También tiene derecho de maldecir como él.

Sí, Rosas, te maldigo. Jamás dentro mis venas
La hiel de la venganza mis horas agitó:
Como hombre, te perdono mi cárcel y cadenas;
Pero como argentino, las de mi patria, no.

XI.

Por ti esa Buenos Aires que soportar sabía
Sobre su espalda un mundo, bajo su planta un león,
Hoy débil y postrada no puede en su agonía
Ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por tí esa Buenos Aires más crímenes ha visto
Que hay vientos en la Pampa y arenas en el mar;
Pues de los hombres hartos, para ofender á Cristo,
Tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

Por tí sus buenos hijos, acongojado el pecho,
La frente doblegamos bajo glacial dolor,
Y hasta en la tierra extraña que nos ofrece un techo
Nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor.....

XII.

Mas ¡ay! de la tormenta los enlutados velos
Se cambian en celajes de nácar y zafir,
Y el sol de los recuerdos nos grita de los cielos
Que en pos de la desgracia nos viene el porvenir.

Hay más allá, es el lema de su divina frente
Grabado por la mano purísima de Dios;
Y el Chimborazo al verlo lucir por el Oriente:
Hay más allá, responde con su gigante voz.

Hay más allá, los héroes al expirar clamaron,
Poblando con su grito de América el confín,
Y entre vapor de sangre: *Hay más allá*, exhalaron
Los campos de Ayacucho, de Maypo y de Junín.

XIII.

Sí, Rosas; vilipendia con tu mirar siniestro
El sol de las victorias que iluminando está;
Disfruta del presente, que el porvenir es nuestro,
Y entonces ni tus huesos la América tendrá.

Sí, Rosas, vendrá un día terrible de venganza
Qué temblará en tu pecho tu espíritu infernal,
Cuando tu trono tumben los botes de la lanza
Ó el corazón te rasgue la punta del puñal.

Como revienta el Etna tremendo de repente,
Reventarán los pueblos que doma tu ambición;
Y cual vomita nubes de su ceniza hirviente
Vomitarán los pueblos el humo del cañón.

XIV.

Entonces, sol de Mayo, sus días inmortales
Sobre mi libre patria recordarán en ti;
Y te dirán entonces los cánticos triunfales
Que es esa Buenos Aires la de tu gloria, sí.

Entonces desde el Plata sin negra pesadumbre
Te mirarán tus hijos latiendo el corazón,
Pues opulenta entonces, reflejará tu lumbre
En códigos y palmas y rico pabellón.

Y al extenderse hermoso tu brillantino manto
Ni esclavos ni tiranos con mengua cubrirá;
Que entonces de ese Rosas que te abomina tanto
Ni el polvo de sus huesos la América tendrá.

Montevideo, Mayo 1843.

CANTOS DE LOS PROSCRITOS.

I.

¡Patria, patria! ¡Palabra divina
Que en el cáliz del alma se esconde,
Y á los sueños del alma responde
Con promesas sublimes de amor!
Ese nombre de paz y esperanzas
Es la dulce oración del proscrito:
Él aprende á llamarle bendito
En la escuela que enseña el dolor.

II.

Patria hermosa que cuentas tus penas
Á las ondas del río argentino,

Algo santo te deja el destino
Al dejarnos el llanto por ti.
Feliz hija del Genio y la Gloria:
Triste madre de un tiempo de luto.
¡Ay! Recoge ese noble tributo
Que refleja tu imagen en sí.

III.

Sobre el árido suelo extranjero
Nuestra vida ha perdido sus flores,
Y á la luz de los años mejores
Se tocó con la noche su albor.
Pero en medio á la recia tormenta
Que nos bate y marchita la frente,
Bajo puro dulcísimo ambiente
Conservamos la flor de tu amor.

IV.

Al dejar de un hermano los restos
Bajo el suelo extranjero tan mudo,
Suspiramos al ver que no pudo
Ni la vida en su patria perder.
Y al nacer nuestros hijos al mundo
Mil recuerdos nos hieren prolijos,
Al pensar que ni vemos los hijos
En la patria del padre nacer.

V.

Fija, eterna, escondida en el alma
Vive ¡oh patria! tu imagen hermosa;
Como gota del alba en la rosa,
Como perla en el fondo del mar.
Tierno, santo tu nombre á los cielos
En suspiro purísimo sube,
Como el salmo en la pálida nube
Del incienso que exhala el altar.

VI.

De los mares remotos las ondas
Todas saben tu nombre y tus penas;
Del desierto las tibias arenas;
Bosque y prado lo saben también.
¡ Ay, si hablasen las lánguidas nubes
Que despiden al sol de la esfera!
¡ Ay, si hablase la triste viajera
Que circunda de estrellas su sien!

VII.

Todo el orbe se presta á nosotros:
En las nubes te van pensamientos;
El pampero nos da tus alientos;
Nuestro llanto en las ondas tomad.
¡ Ay, que en torno á tus puertas andamos
Cual amante que vela y se queja,
Con su brazo rozando la reja
Que le encierra su virgen beldad !

VIII.

Tus recuerdos son culto divino
Que te rinde doquier la memoria;
Nunca hubieron tus tiempos de gloria
Más espléndida aureola de amor.
Que entusiasmo que vive en el alma
Tras veinte años eternos de llanto,
Tiene mucho de grande y de santo
Para orlar un recuerdo de honor.

IX.

Preguntad á la aurora de Mayo
Por la frente que le alza el proscrito;
Preguntad si su rayo bendito

No le baña orgulloso la sien.
Preguntad á las tumbas qué sienten
Cuando en hebra fugaz de aquel rayo
Les mandamos recuerdos de Mayo,
Y un gemido del alma también.

X.

¿No miráis esas luces que brillan,
Cual destellos de un fuego divino?
Son los ojos del Genio Argentino
Irritado en tu obscuro confín.
¿No escucháis un confuso rüido,
Como de onda de un mar que se avanza?
Son las sombras que claman: ¡venganza!
De los héroes de Maipo y Junín.

XI.

¿No sentís que tu planta resbala
Sobre el húmedo suelo que tocas?
Es que el suelo, y el monte y las rocas
Sudan gotas de sangre á tu pie:
Es que todo se irrita y conmueve
Al no ver de tus tiempos de gloria,
Más virtud ni más santa memoria
Que del pobre proscrito la fe.

XII.

Alza ¡oh madre! tu mano sagrada
Y bendice tus hijos proscritos;
Que de aquellos tus tiempos benditos
No te queda más que ellos y Dios.
Los que besen el pie del tirano
No son dignos de un otro destino;
Son ladrones del nombre argentino,
Son bastardos sin alma ni voz.

XIII.

Somos pocos ¡oh patria! y no importa,
Pues la gloria de un pueblo y su nombre
Suele á veces guardarse en un hombre,
Cual las luces del orbe en un sol.
Para ver lo que valen los pueblos
No se cuentan jamás sus esclavos;
Son sus hijos virtuosos y bravos
Los que dan á la historia el crisol.

XIV.

Desterrados y pobres y pocos,
En nosotros el alma es un templo
Donde brilla en magnífico ejemplo
La más pura argentina virtud.
Y si en medio al destierro caemos,
Prolongada tu suerte inclemente,
Será siempre padrón elocuente
De tu honor nuestro humilde ataúd.

XV.

En la lid y al puñal del tirano
Han caído tus hijos mejores;
Al puñal ó los crudos rigores
Del destierro caeremos también.
Mas no temas; te quedan los niños;
Esas verdes promesas de gloria,
Cuya voz cantará tu victoria
Coronada de palmas tu sien.

XVI.

¡Adiós; madre que el alma idolatra!
¡Dios recoja tu llanto bendito,
Y la vida del noble proscrito

También halle el amparo de Dios!
Reclinada en las tumbas de Mayo,
Otro tiempo benéfico espera,
Y de él hasta el alba primera,
¡Hija y madre de héroes, adiós!

A***

Rosa fragante del edén caída;
Ángel proscrito que perdió sus alas;
Perla hermosa del alba desprendida;
Hebra de luz de las etéreas galas;
Paloma que ha dejado misteriosa
Las selvas que habitó en el paraíso;
Fantasía de Dios en noche hermosa,
De que hizo luego terrenal hechizo.

¿Quién eres, dí, beldad fascinadora,
Hálito de purísimas esencias
Que embriaga el corazón y lo enamora,
Que bajo indefinibles apariencias
Al través muestras de encantado velo
Entremezclado el mundo con el cielo?

¿Quién eres, que al poder de tu hermesura
Se ata de nuevo al mundo,
Y vuelve á sus perdidas ilusiones
Aqueste corazón que la amargura
Apuró del dolor? ¿Que en lo profundo
De su ser misterioso sumergido,
Dijo ¡adiós! al placer y á las pasiones;
Y, de su propia vida desprendido,
Á la fe y la esperanza estaba muerto,
Ajeno al mundo, á los amores yerto?

¿Quién eres, que levantas misteriosa
De mi alma yerta los oscuros velos,

Como el alba las sombras de los cielos
Con sus manos de nácar y de rosa?

Y ¡cómo no admirarte! ¡cómo mi alma,
Que sufre las angustias del poeta,
No revivir para perder su calma,
No reanimar la inspiración secreta,
Si hay en ti más belleza y poesía
Que en cuanto dora el esplendor del día?

Corriendo en pos de mi destino incierto
He surcado los mares,
He pisado la sien de las montañas;
He cruzado el desierto
Á la luz de los pardos luminares;
Solitario he dormido
Entre las sombras de la selva hojosa,
Ó entre flexibles y sahumadas cañas,
Y he despertado al lánguido quejido
Que da de amor la tórtola medrosa:
Mi religión, mi libro, mi belleza
Fué siempre la gentil naturaleza;
Pero hallo en ti más alta poesía
Que en cuanto he visto bajo el claro día.

En una noche lánguida y hermosa,
Sobre una mar tranquila
Como el cristal de plácida laguna,
He visto levantarse silenciosa
En columnas de luz la blanca luna:
Panorama magnífico que en vano
Pintar querría con mi acento humano.
Pero ¡ay! sobre tu frente de alabastro
Hay mayor majestad, mayor dulzura
Que en la frente del astro
Que rasga el velo de la noche obscura.

Yo he cruzado mis brazos fascinado,
Al contemplar la brillantina lumbre

Que en el cielo del trópico inflamado,
En bella muchedumbre
Derraman los luceros rutilantes.
Allí se mira en ellos
El ópalo, el zafiro y los diamantes,
Y á sus raros y mágicos destellos,
El alma se electriza
Y tierno el corazón se poetiza.
Pero ¡ay! en tus pupilas celestiales
Hay más luz que en los astros tropicales.
Espiral de la llama que calienta
Tu tierno corazón; fuego divino
Que tu espíritu de ángel alimenta,
Y que en dulce destino,
Al dar á mi alma agitación suprema,
Más la enamora cuanto más la quema.

En medio del desierto, de repente
La brida á mi caballo he recogido,
Para mirar en el lejano Oriente
Un trono de topacios suspendido
En pedestal de nácar y rubíes;
Y sobre gradas de purpúreas rosas
Llegar al trono la naciente aurora,
Desatando las cintas carmesíes
Á sus cabellos de oro, y las hermosas
Perlas que entre sus hebras atesora;
Derramar luego de sus tiernos ojos
Los tranquilos destellos del topacio,
Y el reflejo fugaz de los sonrojos
Que la vista del sol causa en su frente;
Llenar después de esencias el espacio
Dando su labio el matinal ambiente;
Y grabar por doquier el sacro sello
Que pone Dios en lo sublime y bello:

Pues bien: en ti mi admiración divisa
Poesía mayor, mayor encanto

Que en esa aurora que revela tanto
La existencia del Dios que la improvisa.

¿Quién, al ver la frescura de las rosas
En tu semblante virginal, podría
Echar de menos las que muestra hermosas
El rubio Oriente al asomar el día?

Cuando en fugaz agitación sonríes,
¿En qué cambiante de su luz la grana
La radiante mañana
Hallará de tus labios los rubíes?

¿En cuál nácar del alba tu garganta
Y el alabastro de tu ebúrneo seno,
Cuando, de vida y de suspiros lleno,
Con tu aromado aliento se levanta?

¿Con qué cuadros de luz, con qué espirales
La hermosa aurora á disputar se atreve
Las gracias virginales
Que, en movimiento blando,
Se deleitan jugando
En derredor de tu cintura leve?

¡Oh, si te hubiese visto un solo instante
Allá en los tiempos en que el alma mía,
Feliz y delirante;
Era toda entusiasmo y poesía,
Yo no hubiera pedido prosternado
Á la naturaleza
Los misterios sin fin de su belleza
Que en mi lira después se han escuchado!

Tu suprema hermosura
Mi enamorado labio cantaría;
Y de tus ojos á la lumbre pura,
Divino fuera mi mundano verso,

Y mi verso te haría
Divinidad también del universo.

Para adornar tu espléndida cabeza,
Pediría á la gloria
Lauros que eternizaran la memoria
De mi amor y tu célica belleza.

Tu corazón, que espera
Cual un arpa eoleana
El primer soplo con que amor le hiera
Para dar tierno su amoroso acento,
De mi pasión temprana
Sentido hubiese mi abrasado aliento.
Yo buscaría en ti la oculta fibra
Que pulsada una vez se agita y vibra,
Y hace que la mujer, sin saber que ama,
Arda de amor en la sensible llama.

Entonces ¡ay! bebiendo de tu boca
Savia de vida, espíritu de amores,
Mi vida fuera un piélago de flores;
Y el alma mía, de entusiasmo loca,
Haría caprichosa
Del mundo un éden (1), y de ti una diosa.

Con mis manos tu frente cubriría
Para que el sol no ajara tu hermosura,
Y en hálitos de amor perfumaría
El aura que rozase
Con su ala fugitiva tu sien pura.

Yo pondría en tus hombros mi cabeza,
Jugaría mi mano con tus rizos,
Y entonces ¡ay! del aura la belleza
Mi amor envidiaría y tus hechizos,

(1) El poeta, en vez de *edén*, pronunció *éden*, licencia poco recomendable.